

REVISTA

de

GERONA

(Literatura--Ciencias--Artes)

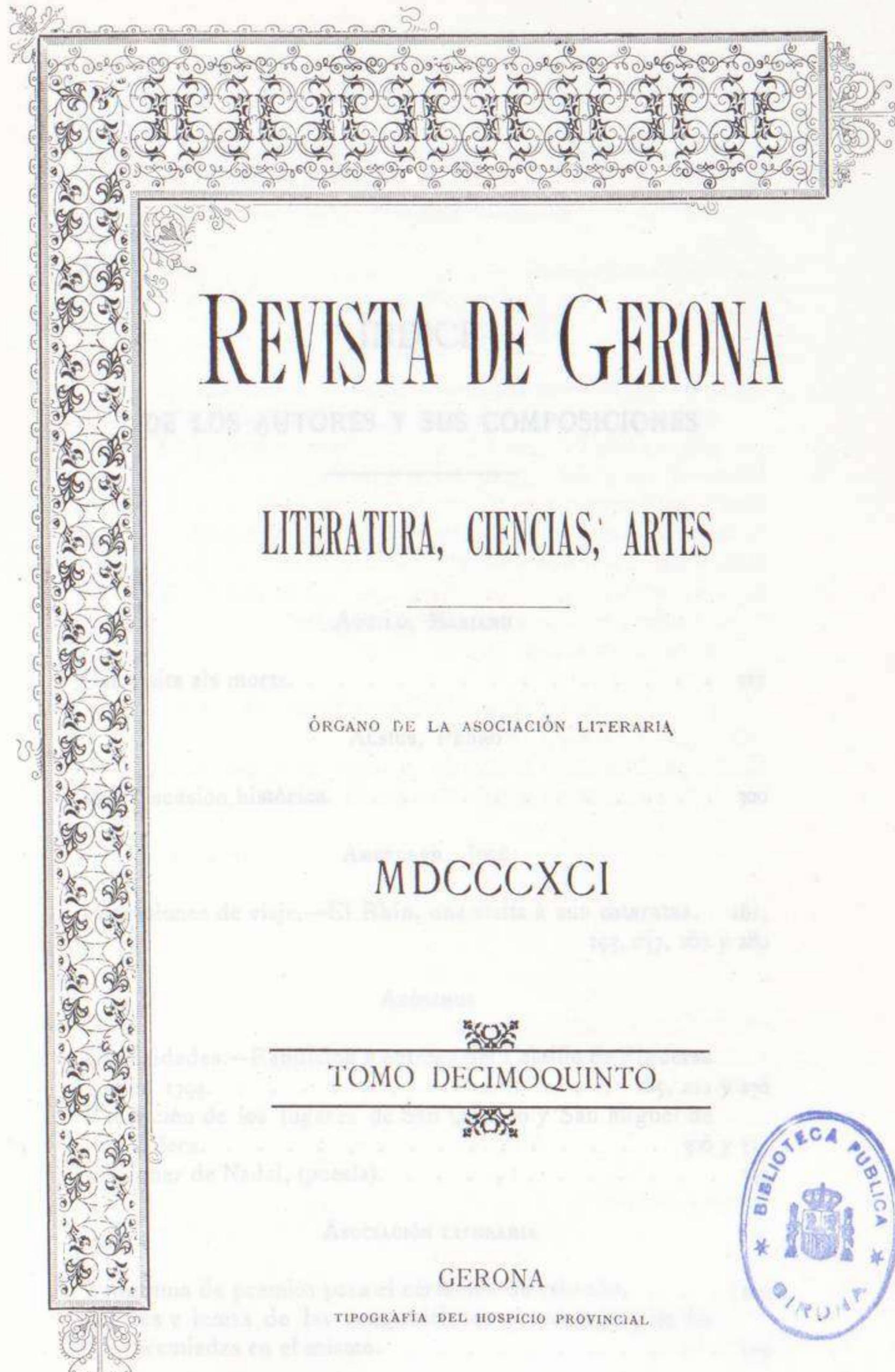
TOMO XV



ORGANO DE ASOCIACION LITERARIA

GERONA





REVISTA DE GERONA

LITERATURA, CIENCIAS, ARTES

ÓRGANO DE LA ASOCIACIÓN LITERARIA

MDCCCXCI

TOMO DECIMOQUINTO

GERONA

TIPOGRAFÍA DEL HOSPICIO PROVINCIAL





ESTADO DE LA PLAZA DE GERONA

EN EL DIA 29 DEL MES DE NOVIEMBRE DE 1809,

SÉPTIMO MES DE SU MEMORABLE SITIO (1)



MULTIPLICADAS de todos modos nuestras calamidades, señaladamente en la salud, oí hablar sobre este objeto al Comandante general, y comprendí que deseaba tener por escrito una compendiosa relación sobre el estado de la salud pública: y el día siguiente fui á presentar á S. E. el siguiente oficio. Halléle algo enojado por contradicciones que producía el lamentable estado de la plaza: y así que le insinué el contenido de mi escrito, respondió como involuntariamente en un instante de distracción: «Si no se puede defender más la plaza ¿para qué?».... Y suspendida su palabra: «Acaso, dije yo, este papel informará á la posteridad de nuestros males, si no queda quién se los cuente.» Mandóme entonces leérselo: y no pudo aquella alma sensible acabar de oírle, sin dar signos del más vivo dolor. Cerró este oficio, y en la noche del mismo día 29 le dirigió original por un propio á S. M. la suprema Junta gubernativa del reino. El contenido es como sigue:

«Excmo. Sr. La salud pública, que tan dignamente ocupa entre los cuidados que circundan á V. E., el alto lugar que le compete,

(1) Memoria escrita y presentada en el expresado día al Excmo. Sr. don Mariano Alvarez de Castro, gobernador que era de la mencionada plaza, por el Dr. D. Juan Nieto Samaniego, cirujano-médico consultor de los reales ejércitos y jefe de la facultad médico-quirúrgica en la misma plaza.

está en un estado tan calamitoso, que al paso que conviene ocultarlo en lo posible al público por parte de los que estamos encargados de ella; es necesario al bien comun que V. E. tenga informes científicos, verdaderos y justos de su deplorable estado, y de la parte pronóstica del honroso término que le amenaza.

Movido de esta consideración, y en cumplimiento de uno de los deberes de mi obligación, como consultor de los reales ejércitos y jefe de la facultad médico-quirúrgica en esta plaza, elevaré á noticia de V. E. una sencilla relación del estado físico de la ciudad, de su atmósfera y de los hospitales: de modo que sin defraudar la verdad, ni menos abultarla con exageraciones, será solo como un abreviado índice, que guie al observador, y le conduzca al conocimiento de las duras verdades que señala, como causas de las terribles enfermedades y mortandad que padecemos.

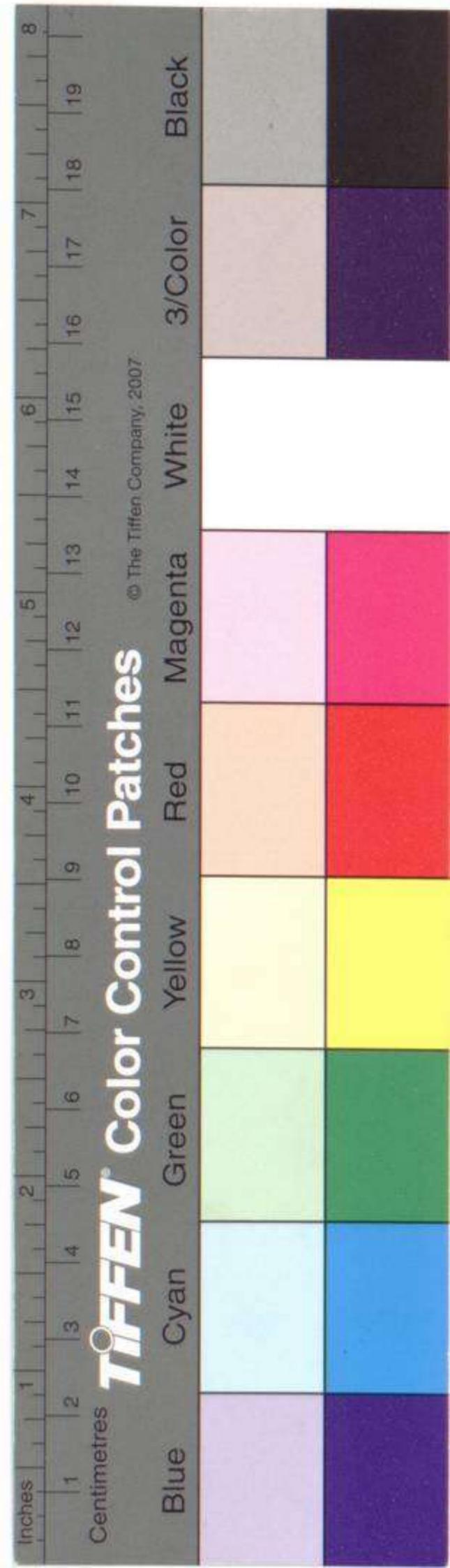
Ya há cerca de siete messs que el enemigo asedia y destruye esta plaza con toda especie de tiros de gruesa artillería y fusilería: de que resulta no quedar en toda ella edificio alguno habitable, ni lugar en que no se ofrezcan de continuo los horrores de la muerte.

Ningun parage ha habido seguro de las bombas: pues que en los edificios en que se lisonjeaba el ánimo con ideas de seguridad, han causado fatalísimas desgracias.

Las calles desempedradas y salpicadas de profundos hoyos causados por las bombas, interceptadas por minas, y las casas sin tejados, encharcan las aguas de lluvia, que arrastran consigo productos excrementicios de las rotas y desechas cloacos, y demás cuerpos que hallan, que recorren sobre la sucia superficie sembrada de vestigios de diarrea humana. Allí fermenta (á pesar de la vigilancia de la junta de policía, que tan dignamente ha procurado la salubridad) este conjunto de inmundicias; y descomponiéndose el todo, infecta la admósfera de mofetas pestíferas, á que también concurre la putrefacción de cadáveres humanos y brutos, sepultados debajo de tanta ruina.

Todas las plazas y calles ofrecen á la aprehensión mil objetos de horror para el juicio y discurso; siendo uno de ellos los innumerables montones de cascos de bombas, granadas, balas de todas clases y pedazos de ellas: mudos testigos instrumentos de nuestro dolor.

Los poquísimos vegetales, que nos es permitido ver y observar de cerca, ofrecen evidentes señales de haberse resentido y tomado parte en la honrosa catástrofe de esta ciudad: pues que apenas han dado flores las plantas de los jardines, ni ha madurado la poca fruta que ofrecían otros años, y prometían en éste los árboles



de las huertas, en donde tampoco ha prosperado ninguna especie de la hortaliza que otros años abundaba: observación que ella sola es suficiente para probar con evidencia la perniciosa degradación de nuestra atmósfera sobrecargada de gases mefíticos, y defectuosa del aire vital con respecto á su masa, que alimenta vegetales y animales.

Si dirigimos nuestra observación desde los vivientes vegetativos á los sensitivos, veremos los brutos domésticos, tristes, enflaquecidos, mal pelechados, las puntas de las orejas del ganado caballar divergentes entre sí, y caídas, lentos en su paso y movimiento; no manifiestan el retozo, relincho, ni otros signos de su alegría, amor y buen punto, y muchos de ellos están atacados de diarrea.

Los perros siguen el mismo orden de debilidad y tristeza: apenas hay alguno que ladre. No dan señales del estímulo de la propagación de su especie, ni tributan sino de un modo mal decidido á sus amos los naturales signos de gratitud en sus alhagos.

Visto de un modo pasajero y superficial el estado de la ciudad, de las plantas y brutos; considerada de paso la degradación y enfermedad de los dos últimos géneros; ascendamos á considerar por el mismo orden compendioso el tirano dominio, que tan desoladoras causas han ejercido sobre el hombre, sensitivo por excelencia.

Generalmente cada rostro presenta la palidez de la muerte. Una hinchazón remitente es en muchos el indefinible signo de su próxima ruina: la voz es lánguida, el paso lento, la respiración frecuente, el pulso débil y contraído: excesivo abatimiento, no solo físico, sino también del natural orgullo y amor propio: poca inclinación á la sociedad; y ésta tiene por objeto el desahogo del dolor, la ponderación del hambre, y el duro recuerdo de su futura suerte, presentida por su honrosa privación de alimentos, que se padece tantos meses há, por la mortandad que observan, por la presencia y poderío del enemigo, cuya entrada está papente en cuatro brechas, y por el doloroso y cruel abandono que padecemos, dejándonos perecer en la fatiga, y en la desnudez, y en el hambre y en el contagio, y en la espada del terrible sitiador.

Apenas hay alguna mujer embarazada. Es frecuente en ellas la supresión y exceso de la evasión ménstrua. Muchísimas han malparido. No pocas han visto morir de hambre, el tierno fruto de sus entrañas, pendientes de sus pechos, anhelando de continuo con sus tiernas cansadas mandíbulas el alimento buscado en vano en senos maternos, que otras veces eran abundantes y fecundos.

Yo doy testimonio de lo que he visto, Excm. Señor, é yo he tenido, acaso por ser esposo y padre, la facultad de sentir lo que sobre este lastimoso objeto no me es dado explicar.

Los restos de los portales y calles, ocupados por miserables víctimas del hambre, sucesoras de las innumerables que ya descansan en paz, presentan objetos que reclaman la compasión, avisan el dolor, y excitan la admiración, al verlas alargar una mano trémula y moribunda, en señal de pedir socorro á quién, no pudiendo dárselo, pues ya no hay en Gerona quien sea más rico que otro, solo le es permitido tomar parte en su aficción, sin poder remediarla.

Otra de las causas del lamentable estado de la salud, es la necesidad en que se vieron todos los habitantes de esta plaza de mudar repentinamente, no sólo el método y costumbre de vida activa y laboriosa, que tenían los menestrales y demás gentes de labor, sino también los venerables sacerdotes y demás personas de vida sedentaria y estudiosa: pasando, para eludir la idea del peligro, de sus habitaciones ordinarias, á vivir en los sótanos, cuevas, caballerizas, bóvedas, y demás parajes ínfimos é inhabitados, en que de improviso de temperatura, de cualidades esenciales de la atmósfera, de costumbres y alimentos, quedaron privados de los beneficios de la luz; se amontonaron muchos individuos en corto distrito, llevando consigo á estos lugares de horror, elegidos para habitación por la imperiosa necesidad, todas las causas de males que infectan la atmósfera en sitios mal ventilados por la respiración, eruptos, y otros flatos y excreciones de que el hombre está pensionado, siendo ellos mismos instrumentos pasivos de la infección de un aire, que debia servir de pábulo á sus vidas.

Al continuo pavor causado por la no interrumpida explosión de bombas y granadas, y tiros de todas clases, por las desgracias que ocasionan las productoras de ruinas é incendios: á la frecuentísima vista de miembros humanos palpitantes, que formaban parte del hijo, de la esposa, del santo sacerdote, ó del inocente párvulo; al doloroso gemido, al síncope y al llanto, que sin llegar á habitar los ánimos, no ha podido enjugarse en tantos meses; se añade el dolor de la escandalosa privación de casi todos los alimentos necesarios á la vida: de suerte que los pobres, los expatriados, innumerables menestrales, que pudieron librarse de las bombas, peligros de los asaltos y otros muchos, han perecido, ó están pereciendo en el cruel lento martirio del hambre; en cuya lamentable suerte les excede aun la invencible guarnición de esta plaza, que

puede representarse á la idea como un ara circundada de inocentes víctimas indefensas, abandonadas á la crueldad de los más formidables sacrificadores.

A mas de la evidencia pública de las terribles verdades que describo, no sin recelo de herir el sensible corazón de V. E., viene á multiplicar el desconsuelo el triste recuerdo de que acaso se haya divulgado por toda la nación, que la plaza de Gerona ha sido abundantemente socorrida con viveres, municiones etc. Execrable falsedad! ¡Atroz inventiva! con que tal vez se ha procurado sofocar y entorpecer los benéficos decretos de S. M. la Junta central, relativos á la libertad de esta plaza: siendo evidente que solo ha recibido ya ha mucho tiempo y en dos ocasiones unos pocos géneros de víveres para seis ú ocho dias: y en cuanto á municiones de guerra..... V. E. sabe mejor que yo su estado, aunque no ignoro que multiplica nuestra aflicción.

Todo este conjunto de causas destructoras de la humanidad, asociado á las que determinan las enfermedades endémicas de este suelo, produjeron en el principio cólicos y diarreas: como era consiguiente á los que habitaban atmósferas subterráneas siempre frias y húmedas, á los que dormían al raso sobre el duro suelo, como oficiales y tropa, y á todos por las malas digestiones, y por los estímulos mentales del susto y temor, agentes que obran en el hombre con movimientos ya súbitos, ya lentos, determinando los humores de la periferia al centro gástrico, á donde retrocede y confluye la materia excrementicia de la traspiración, pervierte el orden de la digestión, secreción, y excreción etc. y viene á producir la laxitud ó atonía universal.

Con tan terribles predisposiciones no tardaron en comparecer multitud de fiebres continentes, remitentes, é intermitentes, estivales y endémicas, pero con los síntomas consecutivos é indefinibles de nervosas, aunque en sus primeros períodos fuesen biliosas ó meningo-gástricas: lo que era consiguiente á la debilidad del sistema nervioso, como órgano del sentido, y en que obra principalmente los estímulos mentales.

El crecido número de individuos, que á mas de los citados trabajos han tenido la desgracia de ser heridos, fracturados, contusos, quemados, ó mutilados con tan bárbaros instrumentos, es evidente que han padecido inponderablemente mas que el resto de los defensores de la plaza: porque despues de la atrocidad de los dolores, que les ocasionan sus horrores, dislaceraciones, y toda especie de soluciones de continuo, han sido atacados ordinariamente, al terminar la fiebre traumática, de la calentura complica-

da que aflige á los demás. De aquí se les han originado horribles gangrenas y esfácelos; se hacían sus úlceras pútridas y verminosas con mucha frecuencia; se han secado de repente y con grave perjuicio de su salud no pocas veces las llagas; dejando de fluir al ver los llagados dentro de los hospitales muertos á sus compañeros por balas de artillería y por bombas, que desplomaban sobre sus desgarrados miembros los techos y bóvedas. Santo Dios!..... Ya no tiene lugar immune, como en otros tiempos, la deficiente humanidad!

No obstante hasta fines de Septiembre, en que todavía teníamos algunos recursos en las boticas, aunque padecíamos de escasez de farmacéuticos y de cirujanos con respeto á nuestras necesidades, de efectos de hospitales, desde la pérdida del de San Daniel y quema del militar, multiplicando los facultativos sus tareas y trabajo, que jamás será bastante considerado, se consiguieron felicísimos resultados en las admirables curaciones que se lograron de toda especie de heridas y enfermedades.

Pero despues, continuando las desoladoras causas, y la progresiva disminución de alimentos, hasta reducirse al estado, en que se hallan ya de mucho tiempo, de muy poca carne de caballo, jumento ómulo, escasísimo pan y corta dosis de trigo; todo mal cocido por falta de combustibles, y sin condimento alguno; falta de efectos de hospitales en términos que gran número de enfermos estan sobre el desnudo suelo; falta de vasos inmundos y de toda especie; carencia de medicamentos y sirvientes; con la presencia de las lluvias sobre techos arruinados, terrible frío, y otras vicisitudes del otoño y entrada del invierno; hostilidades y estrechez del enemigo; excesiva fatiga, sustos y vigiliás de la tropa y habitantes; empezó á manifestarse en forma epidémica la rapidez y disolución de la sangre. por tantos medios, y por tan largo tiempo preparada. La atmósfera de los hospitales no tardó en viciarse [por falta de todos los medios de salubridad, desde los que prescribe la Química, hasta el ínfimo mecánico de la escoba, y la luz, y el fuego para calentar los escasos tópicos que nos es permitido manejar.

Declaróse por fin el total escorbuto, con la mortífera y asquerosa disentería males tenidos por contagiosos por todos los prácticos; llegando á tal extremo los estragos que causan estas y otras enfermedades, que sólo en el hospital del Hospicio, han fallecido en este mes, hasta el día veinte y cuatro, quinientos y un militares de esta invicta guarnición, por tantos títulos acreedores al reconocimiento y admiración de la pátria: y por lo respectivo á los otros hospitales, V. E. sabe que siguen la misma terrible propor-

ción, sin olvidar los muchos que fallecen en los cuarteles, portales y en las casas.

Mortandad horrible! que habiendo devorado a tantos, deja ya pocos héroes que sacrificar; y ninguno cuya constitución no se halle muy dispuesta á la impresión de los letales miasmas; ninguno, cuyos brazos otras veces nervudos, y experimentados en escarmentar al enemigo, que pueda hoy resistir la fatiga necesaria para repeler los ímpetus del formidable sitiador, si intenta penetrar por las tres brechas que ha abierto tanto tiempo há, y por la cuenta que le ofrece en el Oñá la súbita reina de muchas casas á un tiempo.

Tal es, Excmo. Sr., el horroroso cuadro mal bosqueado de la salud de los héroes, que en pos de V. E. han logrado la justa admiración del orbe, siguiendo los caminos del honor en defensa de la Santa Religión, Pátria y libertad, arrostrando y superando hasta ahora tanto tropel de peligros, por donde han ascendido á la cumbre de la gloria.

Y si tan estupendos sacrificios, que deben servir de admiración en la historia de las plazas sitiadas; si tanta heroicidad, consumada con las vidas de los que por particular providencia sobrevivimos á nuestros hermanos, puede decidir de la libertad de la patria: dichosos nosotros en el seno de la eternidad, y en la memoria de los hombres de bien, y nuestros hijos en la sociedad de sus conciudadanos. Pero lo contrario!..... Santo Dios!..... Dios guarde á V. E. muchos años.—Gerona 29 de Noviembre de 1809.—Excmo. Sr. D. Juan Nieto Samaniego.—Excmo. Sr. D. Mariano Alvarez.»





1891

REVISITA DIE GERONA

XV